

visitáramos al vecino país, sería en mis siguientes vacaciones. En la ciudad de México tomaríamos el avión que nos llevaría a Houston. Mamá tenía deseos de conocer esa ciudad.

CAPÍTULO 7

Un día mi compañera Rossina me invitó a comer. En el camino a su casa nos encontramos aquel tipo con el que mi novio y yo nos topamos en el parque. Viajaba en una camioneta de modelo reciente sentado al lado del chofer. Lo reconocí por su mirada torva, nariz tronchada hacia su izquierda, tal vez por un golpe. La melena cubría una cicatriz en la cara. No alcancé a ver la razón social en la portezuela. De reojo observé que me miró, en cuanto me identificó volteó la cara para decirle algo al conductor. Lo seguí con la mirada hasta que se perdió de mi vista. Le comenté a mi amiga, no le dio importancia, seguimos caminando hasta llegar a su casa. Comimos, después nos fuimos a su recámara, le platiqué en detalle del asesinato de mi ex novio.

Al siguiente día nos vimos en la escuela. Mi amiga me dijo que le había comentado a su papá lo que le platiqué del asesinato del Paulo Emilio. Me expuso que estaba interesado en el asunto, por tratarse de mí. Le sugirió a su hija que me volviera a invitar a comer, quería escuchar el relato de mi propia boca. Así lo hizo. El papá trabajó en el gobierno como investigador.

—Me dijo mi papá que lo que podría asegurar que lo que le hicieron a tu novio había sido fabricado para que aparentara haber sido un hecho fortuito.

—Dile que estoy dispuesta a platicárselo porque tengo la impresión que es una persona con experiencia en cuestiones de seguridad y delincuencia. Me causó buena impresión. En la primera oportunidad volvería a su casa. Acepté porque yo tenía dudas del asesinato.

Mis papás me habían recomendado que debiera recordar a Paulo Emilio hasta antes de su muerte. “Recordarlo de manera recurrente te martirizaría; estas muy joven para amargar tu vida”.

El momento llegó. Antes de salir de mi casa rumbo a la escuela le dije a mi mamá que Rossina me había invitado a su casa. Aceptó. Sabía que éramos buenas amigas. Oculté el motivo de la invitación. Salimos de la escuela, el sol resplandecía, caminamos a la casa de mi compañera; cruzamos por el mercado “El rodante” que cada semana se ubicaba en ese lugar; era gente de pueblos cercanos y de otros lugares; vendían de todo: frutas, verduras, carnes, quesos, ropa del país y americana. Los improvisados techos con mantas multicolores los protegían del sol o la lluvia. Los

vistosos artículos atraían el interés de los clientes que acudían para comprar lo que necesitaban o les gustaba.

Los transeúntes parecían atraídos por las repetidas frases de los vendedores: “marchantita, venga”; “vea”; “pruebe”; “marchantita...” Al final de la calle estaban los que vendían cotorros hablantines. “No enmudezca, marchantito, llévese un loro para que platique con él, no le rezonga como su suegra”. Los que escuchaban la forma tan persuasiva de vender esos animales reían con desparpajo. Pero nuestro propósito era otro: hablar con el papá de mi amiga que se había ofrecido para tomar como suyo el asunto de la muerte del hombre que más amé en mi vida.

Antes de llegar a la casa de mi amiga nos encontramos con una parvada de pájaros tordos de plumaje negro brillante, que parloteaban al momento de posarse en un árbol de grandes ramas y verdes hojas. Tenía la convicción de que la mediación del papá de Rossina daría buenos resultados. Aceptaba que conocer la verdad no le devolvería la vida a mi ex novio; solo serviría para consolarme. Llegamos al domicilio, nos recibió su mamá, su carácter era gentil y alegre, me agradaba. Vestía falda y blusa de colores vivos.

—Pásenle, hijas mías, en un momento las llamo para comer, esperaremos a mi marido que salió a comprar algo que se le antojó.

Rossina acostumbraba cambiarse de ropa recién que llegaba de la escuela; en esa ocasión no lo hizo para permanecer conmigo. Platicamos menos de quince minutos. Su papá regresó sosteniendo en la mano izquierda una bolsa de mandado con los productos que había adquirido, la llevó a la cocina. Minutos más tarde nos llamó la señora para sentarnos a la mesa.

El señor me pidió que me sentara a su lado para platicar de cerca. Rossina se sentó a mi lado; la señora, frente a mí.

El papá me sirvió la sopa, lo mismo hizo con su esposa; finalmente a su hija. Mi amiga me acercó el pan blanco. Los vasos con agua de frutas estaban servidos cuando llegamos a la mesa. Mientras tomábamos los alimentos platicamos de nuestros compañeros... los aplicados, los flojos, los simpáticos, y algunas travesuras como cuando ataron la trenza de Raquel a su silla y al levantarse cayó al suelo. Antes de servir el postre, dulce de papaya, el señor inició la plática sobre el tema por el cual me habían convocado.

—Zalia —me dijo con palabras suaves y mirándome fijamente a los ojos—, uno de mis trabajos en la ciudad de México fue como investigador; tomé varios cursos para especializarme. Mi hija te estima, dice que eres su mejor amiga. Tus papás son gente honorable, por eso tomaré como propia esta indagación, te lo prometo. De esta

familia no saldrá un solo comentario, no es conveniente; a eso nos comprometemos mi esposa, mi hija y yo.

—Veo cosas muy raras en este asunto —reanudó la exposición de sus argumentos—. Voy a pedir apoyo a unos amigos que también se dedican a la investigación, radican cerca de donde le hicieron esa canallada a tu ex novio. En una ocasión acudí con el doctor Paulo Emilio. Fui a verlo a su consultorio por un dolor fuerte en el estómago; me dijo que era por estrés. Me recetó un medicamento pero también me dio la alternativa de tomar un té con yerbas que vendían en el mercado. Opté por el té, y me compuse inmediatamente.

Era un hombre honrado, conocedor de su profesión. Con él se podía platicar de cualquier tema, era culto, preparado; no es creíble que hubiese visitado un lugar de esos donde hay mujeres de la vida galante, menos en una zona para él desconocida. Hay gato encerrado. Me propongo encontrar la verdad, nadie lo va a impedir, excepto que tú me lo solicitaras, Zalia.

Las palabras del papá de mi amiga me llenaron de ilusión. Le comenté que casualmente escuché una conversación entre mi mamá y una amiga de ella. Aquella aseguraba conocer la realidad del asesinato de Paulo Emilio. No me enteré de más; cuando se percataron de mi presencia cambiaron la conversación. Deduje que mi mamá también estaba intrigada por conocer la verdad.

QUINCE DÍAS DESPUÉS me comentó mi amiga Rossina que su papá había hecho un viaje al lugar de los hechos. Lo acompañó uno de sus amigos. Durante el día de su permanencia se entrevistaron con personas que vivían cerca del bar. No me dio más información. Recuerdo que su papá me dijo que no especularía sobre los avances de las indagaciones, que esperaría a tener resultados precisos para comentármelos.

Tiempo después me expuso Rossina que su papá quería hablar conmigo. Me preguntó que cuándo podía visitarlo. No esperé más, fui a las cinco de la tarde del tercer día. A mi mamá le oculté el motivo.

Inició la plática relatándome que su amigo se había hecho pasar por representante de unos laboratorios de medicamentos, y trabó conversación con uno de los cantineros.

—Mi amigo, cuidando no despertar sospechas, preguntó al cantinero sobre el caso del médico golpeado cerca de ese lugar. Le argumentó que se había enterado del hecho por los periódicos. El cantinero le respondió que habían sido visitados varias veces por agentes policiacos. En todas las entrevistas les había recomendado que investigaran en otro lado porque nadie con las características del médico había estado en el lugar, ese día. Agregó que el dueño de la cantina aseguraba que los autores

habían hecho un montaje en el que participaron al menos dos personas más, que esos sí habían estado en el bar, pero que jamás los volvieron a ver.

—A ver... amplíeme más el comentario por favor para entender lo que me dice — le inquirí al señor Tereso.

—Mira, de acuerdo a las versiones de los empleados del negocio, al medio día llegó un joven vestido completamente de blanco, como visten los doctores. Iba acompañado por una joven mujer con aspecto de prostituta. Estuvieron tomando cerveza, no recuerdan cuántas, no me dieron esa información. El joven de blanco aprovechó que la chica fue al baño para comentarle a uno de los meseros que iba de paso a Papantla, a visitar a su novia, pero que se había detenido en ese lugar porque pretendía pasar “un buen rato” con su amiga, aprovechando que el novio de ella había salido de viaje a Querétaro. Hubo algo que hizo dudar al cantinero que se tratara de un médico. El cantinero le comentó de un dolor en la espalda causado por una caída el día anterior. Afirmó que el supuesto médico desvió la plática para evitar la respuesta. Al rato le volvió a preguntar pensando que no lo había escuchado. De nueva cuenta actuó como si no hubiera oído. El cantinero confesó a mi amigo que la pareja estaba ingiriendo poco.

El supuesto doctor mostraba nerviosismo, parecía esperar a alguien. Además, ese no era el lugar apropiado para reunirse con una mujer a escondidas de su pareja, no dejaba de ser un lugar público —reflexionó el señor Tereso—. En ese lugar no podrían guardar la secrecía requerida. El cantinero agregó un dato que para mí es importante: aseguró que el joven que estuvo conviviendo con aquella mujer, correspondía a las descripciones de Paulo Emilio, pero cuando vio la foto que le mostró mi amigo aseguró que no era

la misma persona.

Sospecho que alguien preparó todo para quitarlo de tu camino. A alguien le era incómodo. Tal como te lo prometí, Zalia, seguiré armando éste rompecabezas, llegaremos a descubrir la verdad, te lo prometo.

AL PAPÁ DE MI AMIGA lo vi decidido a continuar con la investigación, no había duda, lo percibí en su mirada y en el tono de su voz. Me asustó pensar qué pasaría cuando se conociera la verdad del asesinato. No podía platicarlo con nadie más, habría riesgos. Cuando salí de su casa la noche se había apoderado del pueblo. Ofrecieron llevarme, la mamá de Rossina se sumó a la comitiva. Los cuatro abordamos el auto y emprendimos la marcha. Antes de entrar a mi casa vi correr a unos perros por algo que los asustó.

Consideré ocultarle de nueva cuenta el motivo que me llevó a la casa de mi amiga Rossina. Permanecí en el comedor haciendo una tarea pendiente. Esa noche no podía

conciliar el sueño, di varias vueltas en la cama, pensé en las conjeturas del señor Tereso, no alcanzaba a deducir quién pudo haber cometido tal fechoría, mi mente no llegaba tan lejos. Me levanté cerca de la media noche, fui a la cocina, tomé un vaso de leche. Al día siguiente todo transcurrió con normalidad. En la comida, mi mamá me felicitó por haber tomado con ahínco mi responsabilidad de estudiar, auguró que saldría con buenas calificaciones en los exámenes. Cuando me dieron la boleta me llenó de orgullo ver puros dieces, solo un ocho.

CAPÍTULO 8

Por su trabajo, mi papá viajaba con frecuencia a Estados Unidos. Cada vez que regresaba nos platicaba de sus experiencias y lo que veía en aquel país. Su buen carácter y amplios conocimientos le facilitaron hacer varios amigos. Infundía confianza a primera vista. Decía estar a gusto con lo que hacía en la empresa exportadora de ganado y carnes. En casa ya no se hablaba de mi ex novio, pero seguramente seguían pensando en él. Debía desprenderme poco a poco de aquellos recuerdos, estaba muy joven para vivir del pasado.

Había planeado decir a mis papás que no quería fiesta para mi próximo cumpleaños. No me llamaba la atención celebrarlos, tal vez propondría una reunión en casa con familiares y amigos cercanos a mis papás. No encontraba estímulo para hacer algo mayor.

Me había propuesto que mientras no cumpliera los dieciocho no debía pensar en noviazgo; por ese momento mi atención estaba puesta en la universidad a la que eligiera inscribirme, y la carrera que deseara cursar. Tenía que hacerlo fuera, en otra ciudad, en el pueblo no había escuelas para estudios superiores.

Algunas amigas me recomendaban Puebla; otras, el Puerto de Veracruz. A los que me sugerían la Ciudad de México para estudiar les contestaba que no quería revivir recuerdos.

El sábado siguiente mi papá decidió que hiciéramos día de campo en nuestro rancho. Tenía pocos animales, estaba más dedicado a su compromiso con Bladimir. A papá le gustaba asar carnes, sabía de cortes y como guisarlos. Los trabajadores de mi papá mataron una res para vender la carne a unas personas para una fiesta de cumpleaños. Apartaron lo suficiente para comer nosotros. Las carnes las cocinaron al carbón en un asador que tenía en el rancho, se lo acababan de devolver, estuvo prestado más de cinco meses a una comadre de mi mamá.

Mamá limpió la mesa, colocó cuchillos de sierra para carne, tenedores, cucharas, servilletas y platos hondos para el consomé. Preparó salsa, no muy picosa para que yo